

¿Hacia dónde va África?

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL PASADO RECIENTE Y LAS PERSPECTIVAS FUTURAS DEL CONTINENTE

Eduardo
Bidaurratzaga
Aurre

Recientemente, el continente africano parece estar generando un interés creciente por parte de gran número de actores internacionales, públicos y privados, que de diferentes formas quieren intensificar sus relaciones con África para aprovechar sus abundantes recursos y/o contribuir de diferentes formas a la mejora de sus condiciones de desarrollo. Comprender la realidad del continente, así como sus límites y potencialidades para la generación de desarrollo en función de la acción y combinación de los diversos actores externos e internos, se hace por tanto enormemente necesario, tanto para entender me-

jor el mundo en el que vivimos, como para poder contribuir a mejorar las condiciones de vida de la población africana.

En este sentido, el presente artículo pretende revisar someramente algunos de los diagnósticos estereotipados más comunes de la realidad del continente, y ayudar a interpretar algunas de las transformaciones y tendencias más recientes, con la intención de dar luz sobre los posibles caminos hacia el desarrollo de las sociedades africanas.

DIAGNÓSTICOS SIMPLES Y UNIFORMES VS. HETEROGENEIDAD Y COMPLEJIDAD

Pese a que el nivel de conocimiento de la realidad socioeconómica, política y cultural del continente es por lo general muy limitado en nuestras sociedades, parece bastante extendida la costumbre de hablar de los países africanos como una única realidad homogénea, afectada por todo tipo de males y desgracias imaginables. Es decir, a pesar de nuestro amplio desconocimiento de las

sociedades africanas, paradójicamente, en nuestro imaginario colectivo aparece una percepción bien clara, repleta de estereotipos y simplificaciones de los problemas fundamentales que las afectan, incluso de las soluciones para los mismos. No obstante, la realidad del continente es mucho más diversa y compleja de lo que habitualmente nos llega mediante la información que nos proporcionan los medios de comunicación, con un amplio abanico de luces y sombras que dificultan la construcción de la habitual imagen uniforme del continente.

Una simple aproximación estadística sobre un pequeño grupo de variables socioeconómicas deja claramente de manifiesto que las sociedades y economías africanas distan mucho de ser homogéneas e identificables bajo un único patrón de comportamiento, o representativas de niveles de desarrollo similares. De hecho, diferencias realmente significativas se producen entre países como Mauricio, Seychelles, Sudáfrica, Botsuana, Libia, Túnez, Argelia, por un lado, frente a Níger, Sierra Leona, Mali o Etiopía, por otro, con un amplio abanico entre ambos extremos, en cuanto a variables como el PIB per cápita, las tasas de alfabetización, las tasas de mortalidad materna, o porcentaje de la población con acceso a agua potable, entre otras. En este sentido, es fundamental romper con este exceso de reduccionismo que tiende a convertir el conjunto del continente en una unidad de análisis que poco tiene que ver con la heterogeneidad que realmente le caracteriza.

En esta misma línea, más allá de la decepcionante evolución en el logro de los ODMs en diferentes países de África Subsahariana, los

resultados varían mucho entre unos y otros, así como entre diferentes sectores y variables. De hecho, en las últimas décadas mientras muchos países han mejorado destacadamente las tasas de escolarización y alfabetización, se ha producido un fuerte descenso en la esperanza de vida de otros, particularmente en África Austral como consecuencia de la pandemia de VIH/SIDA. Asimismo, el acceso a información estadística desagregada para el interior de los países africanos, deja clara evidencia de las fuertes desigualdades internas entre zonas rurales y urbanas, entre grupos de renta alta y baja, o entre hombres y mujeres respecto a un amplio número de variables socioeconómicas. Si el diagnóstico de la problemática del desarrollo en el continente varía sustancialmente entre sectores, países, en el interior de ellos, o entre grupos sociales y sexos, las estrategias a implementar se deben adaptar también a cada situación y contexto, siendo muy conscientes de la complejidad de la problemática del desarrollo en cada caso.

A modo de ejemplo, un análisis simple de la problemática del VIH/SIDA en el continente, lo convertiría en el principal problema de desarrollo, y llevaría a políticas no diferenciadas, y por tanto, erróneas, en un contexto de enormes diferencias en la tasa de prevalencia de VIH entre unas regiones y otras del continente.

A su vez, más allá del carácter prioritario para diversas sociedades africanas de un problema como el VIH/SIDA, frente a otras necesidades insatisfechas, la simplificación de la problemática del desarrollo para dichas sociedades llevaría también a la implementación de políticas verticales de lucha contra enfermedades en el contexto de estados débiles y sistemas sanitarios públicos carentes de

Es fundamental romper con este exceso de reduccionismo que tiende a convertir el conjunto del continente en una unidad de análisis que poco tiene que ver con la heterogeneidad que realmente le caracteriza.

Las estrategias a implementar se deben adaptar también a cada situación y contexto.

lo más básico, que precisan ser fortalecidos y dotados de recursos humanos y materiales bajo una perspectiva de sostenibilidad.

¿FALTA DE DESARROLLO POR INSUFICIENTE INSERCIÓN EN LA ECONOMÍA MUNDIAL?

Otra de las caracterizaciones habituales del continente, particularmente en las últimas décadas en el contexto de la globalización, es la que representa a África marginada o excluida de los principales flujos comerciales y de inversiones extranjeras. Esta realidad, unida a la de la fuerte concentración en el continente de los países en los peores puestos en el ranking de desarrollo humano establecido por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), ha llevado a un amplio número de analistas a interpretar que ambas realidades están estrechamente relacionadas. Desde esta perspectiva, las abundantes carencias en términos de satisfacción de necesidades primarias en el continente obedecerían a su insuficiente integración en la economía global, y por tanto, la solución a sus problemas pasaría por hacer aumentar el grado de apertura de sus economías, intensificando más aún el proceso de liberalización de las mismas. No obstante, el problema de las economías africanas no es de falta de globalización o de inserción en la economía mundial. Muy al contrario, las economías africanas se encuentran fuertemente insertadas en la economía mundial, siendo una de sus principales características el alto nivel de extraversión de las mismas: exceso de dependencia respecto a unos pocos productos primarios de exportación para los mercados del Norte, o respecto a diversas fuentes de financiación externa. En este sentido, no es descabellado plantear que estas economías se encuentran profundamente integradas en la economía mundial, si bien en condiciones claramente desfavorables para su desarrollo. De este modo, lo fundamental es establecer las condiciones para que dicha inserción se produzca de la forma más favorable posible, distanciándose del modelo dependiente y periférico que ha caracterizado a la mayor parte de las economías africanas hasta el momento.

A este respecto, es necesario recordar que el modelo de desarrollo de los países industrializados

No debe olvidarse el ejercicio de incoherencia de quienes predicán la liberalización económica como instrumento de desarrollo para las economías en desarrollo, a la vez que protegen los mercados en los que no son competitivos y subsidian sus producciones agrícolas, obstaculizando el desarrollo de este sector en dichas sociedades en desarrollo, que como en el caso de las africanas, son mayormente agrícolas.

ricos en el pasado, y el de algunos casos de éxito económico en diversos países del Este y Sudeste Asiático, nada tienen que ver con el implementado en África en el contexto de la liberalización económica a ultranza de la mano de las políticas de ajuste estructural en las últimas décadas. Asimismo, no debe olvidarse el ejercicio de incoherencia de quienes predicán la liberalización económica como instrumento de desarrollo para las economías en desarrollo, a la vez que protegen los mercados en los que no son competitivos y subsidian sus producciones agrícolas, obstaculizando el desarrollo de este sector en dichas sociedades en desarrollo, que como en el caso de las africanas, son mayormente agrícolas.

Igualmente, los flujos comerciales y de inversiones en el continente se caracterizan por una fuerte concentración sobre unos pocos productos y países. Es así el sector primario exportador, muy en particular el de hidrocarburos, el que acumula la mayor parte de las exportaciones e inversiones extranjeras. Y del mismo modo, en torno al 80% de las exportaciones e inversiones del continente en los últimos años se concentra en una decena de países. A partir de esta realidad, la diversificación de las economías del continente y el incremento de la participación en estos flujos de la mayor parte de países del continente se muestra claramente necesaria, aunque ciertamente, no a partir de cualquier modelo, y enfatizando por tanto los aspectos cualitativos del comercio y las inversiones en las futuras relaciones de los países del continente entre ellos y con el exterior.

En el ámbito de las mencionadas incoherencias, cobra también fuerza de manera especial la relativa al incremento de restricciones al movimiento de la mano de obra no cualificada a nivel internacional, en un contexto en el que la liberalización de mercados se convierte en la piedra angular de la era de la globalización neoliberal, y donde paradójicamente esta forma de inserción en la economía mundial no se considera deseable. La importancia de las remesas en comparación con otros flujos internacionales, incluidos los de ayuda al desarrollo, ponen sobre la mesa una pieza central del complejo puzzle del desarrollo en el continente, que con frecuencia queda excluida del debate de un plumazo por parte de los gobiernos de los países industrializados ricos y diversos organismos internacionales.

ALGUNAS TRANSFORMACIONES Y TENDENCIAS RECIENTES

En materia de cooperación al desarrollo, en los últimos años se han abierto unas nuevas tendencias por medio de la Declaración de París (con sus principios básicos de Apropiación, Alineamiento, Armonización, Rendición de cuentas mutua y Gestión en base a resultados), estableciendo un sustancial cambio de tornas con respecto a prácticas anteriores, que partían de la unilateralidad y atomización de los donantes, la volatilidad de los flujos en función de multitud de circunstancias en los países del Norte y las condicionalidades económicas y políticas. En esta misma línea, en materia de instrumentos, los denominados Sector Wide Approach (SWAp) para el apoyo a sectores específicos como salud o educación, entre otros, y el apoyo presupuestario, pretenden garantizar mayor estabilidad y sostenibilidad a los estados africanos en la implementación de su modelo de desarrollo. En cierto sentido, todo ello plantea una vuelta a la reconstrucción del estado africano en su función garante de servicios básicos, tras dos décadas de deconstrucción del mismo por la vía de políticas de ajuste de la mano de la doctrina del fundamentalismo de mercado establecida por el Consenso de Washington. Aunque la implementación de esta agenda es aún prematura, plantea una serie de cambios ineludibles a partir de determinadas tendencias no deseables de la etapa anterior, si bien el refuerzo de la sociedad civil como último fiscalizador de la acción de los

gobiernos se hace tan preciso como la del fortalecimiento del estado africano.

Otro de los elementos que ha irrumpido recientemente en el debate sobre el desarrollo en el continente africano es el de las nuevas tendencias de la cooperación de la UE en la era post-Lomé sobre la base de la promoción de áreas de libre comercio con países de África Subsahariana. Bajo el formato de los Economic Partnership Agreements (EPAs), la UE está presionando fuertemente para la firma de estos acuerdos, que además de reciprocidad en las relaciones comerciales entre socios con fuertes desigualdades en términos de desarrollo y competitividad (a sumar a la protección al sector agrícola europeo), aspira a incluir también compromisos en temas sensibles como el de la liberalización de las inversiones extranjeras de las empresas transnacionales europeas en el continente y la protección de los derechos de propiedad intelectual, entre otros. A este respecto, es preciso recordar que las empresas transnacionales son agentes económicos, pero no necesariamente instrumentos de desarrollo. El hecho de que puedan favorecer el desarrollo en las economías receptoras dependerá mayormente de las condiciones en las que establezcan su actividad, lo cual vendrá determinado por la calidad de sus inversiones, factor normalmente dependiente de las condiciones (los denominados requisitos de desempeño) establecidas por los gobiernos de dichas economías receptoras. Si por la vía de estos acuerdos los gobiernos africanos van a ver restringido su margen de maniobra para establecer este tipo de políticas, con el fin de garantizar los intereses de las empresas transnacionales, su

Todo ello plantea una vuelta a la reconstrucción del estado africano en su función garante de servicios básicos, tras dos décadas de deconstrucción del mismo por la vía de políticas de ajuste de la mano de la doctrina del fundamentalismo de mercado establecida por el Consenso de Washington.

capacidad de promover condiciones de desarrollo en sus economías se verá también sustancialmente mermada.

Y en este marco supuestamente desregulador, paradójicamente, nada se quiere saber de liberalización de los flujos migratorios, que, muy al contrario,

incrementa los obstáculos a la libre movilidad, y lleva a la introducción de una nueva forma de condicionalidad, la migratoria, vinculada a acuerdos de repatriación y control de flujos en origen. Bajo estas circunstancias, parece pertinente preguntarse, al igual que en el caso de los Tratados de Libre Comercio (TLCs) con países latinoamericanos, hasta qué punto este nuevo formato de regionalismo abierto supone realmente un instrumento adecuado de desarrollo para las sociedades africanas. O si, por el contrario, se convierte en una forma de “integración” de las economías africanas en la economía global a partir de unas relaciones asimétricas generadoras de efectos distorsionadores y “desintegración” de sus economías a nivel local.

Finalmente, ante la controversia del denominado desembarco de China en África, es importante analizar con detenimiento los aspectos positivos y negativos de estas relaciones. Se ha hablado mucho de vino viejo en odres nuevos y de otra forma de neocolonialismo bajo la seña de no-condicionalidad (ni macroeconómica ni política) por parte del gobierno de Beijing. Sin embargo, más allá de la amplia literatura crítica en respuesta a la entrada en el área de influencia de la UE de alguien no invitado, es necesario tener en consideración los posibles efectos positivos de esta intensificación de relaciones comerciales,

inversoras y diplomáticas entre China y los países africanos, así como la ampliación del margen de maniobra de los gobiernos del continente para negociar en diversos foros ahora que un mayor número de países parecen interesarse por sus recursos. De la misma forma que las condiciones

y la calidad de dichas relaciones son fundamentales para la promoción del desarrollo en África, es preciso que analicemos en los mismos términos las actuaciones de “nuestros” agentes económicos, grandes transnacionales o pequeñas y medianas empresas, operando en el continente en diversos sectores, con el fin de intentar responder a la pregunta de ¿en qué medida contribuyen estos agentes a la mejora de las condiciones de vida de la población africana?

Por último, en la línea de estas últimas argumentaciones, es preciso hacer mención a un concepto de uso creciente en los debates sobre cooperación al desarrollo, el de la coherencia de políticas. Este concepto plantea hasta qué punto son compatibles determinadas políticas exteriores de defensa sin tapujos de los intereses estratégicos o económicos de los países del Norte con la promoción del desarrollo de los países africanos por medio de la cooperación, o si de este modo no se acaba sino quitando con una mano lo que se da con otra.

Las sociedades africanas precisan por parte de todos aquellos agentes que quieran acompañar y contribuir a sus procesos de desarrollo, un compromiso firme, coordinado, coherente y previsible a largo plazo, pero adaptado a las circunstancias y el contexto particular de cada una de ellas. Además de alcanzar compromisos mínimos en cuanto al volumen de ayuda a destinar a los diferentes países en función de sus necesidades, es necesario hacer especial hincapié en los aspectos cualitativos de dicha ayuda.

REFLEXIONES FINALES

Como se apuntaba inicialmente, este texto ha pretendido poner sobre la mesa algunos de los temas fundamentales para realizar un diagnóstico sobre la situación de África en la actualidad a partir de su pasado reciente y de algunas nuevas tendencias. En cuanto al futuro, más que preguntar hacia donde se dirigen las sociedades africanas, habría que plantear sobre

Más que preguntar hacia donde se dirigen las sociedades africanas, habría que plantear sobre todo hacia dónde las dirigimos, con frecuencia, desafortunadamente, en contra de los intereses de la propia población africana, supuesta protagonista de su proceso de desarrollo.

todo hacia dónde las dirigimos, con frecuencia, desafortunadamente, en contra de los intereses de la propia población africana, supuesta protagonista de su proceso de desarrollo.

Más allá de diferentes intervenciones coyunturales, volátiles y en base a intereses geopolíticos y económicos de los países del Norte, las sociedades africanas precisan por parte de todos aquellos agentes que quieran acompañar y contribuir a sus procesos de desarrollo, un compromiso firme, coordinado, coherente y previsible a largo plazo, pero adaptado a las circunstancias y el contexto particular de cada una de ellas. En este sentido, además de alcanzar compromisos mínimos en cuanto al volumen de ayuda a destinar a los di-

ferentes países en función de sus necesidades, es necesario hacer especial hincapié en los aspectos cualitativos de dicha ayuda. Desde una perspectiva amplia de cooperación al desarrollo, ello debería incluir a su vez cualquier otro tipo de iniciativa que mejore las posibilidades de ganarse la vida para la población africana de forma autónoma, lo que plantea importantes retos en materia de coherencia de políticas en el caso de las normas internacionales que regulan el comercio, las inversiones y los flujos migratorios, entre otros aspectos. El intenso debate actual sobre el camino hacia el desarrollo en África pone de manifiesto que el pretendido consenso de las décadas anteriores sobre males y remedios para las economías del continente no era tal. Las alternativas para llegar al desarrollo pueden ser diversas y cada sociedad debería poder elegir su propio camino, bajo unas condiciones mínimas de democracia y participación de la ciudadanía y en el marco de unas relaciones internacionales más equilibradas y sin dobles raseros, que favorezcan la satisfacción de las necesidades básicas y la promoción del desarrollo humano. Cuanto más consigamos transformar la situación actual para aproximarla a dichas circunstancias, más factible será la generación de condiciones de desarrollo apropiadas para las sociedades del continente.

HAITÍ: 100 DÍAS

TIGÚ GUIMARÃES



Fotógrafo, director, realizador y editor de documentales, interpreta y trabaja la comunicación como una posible y potente herramienta para la incidencia y el desarrollo. En Brasil siempre cercano a los movimientos populares estuvo involucrado en el movimiento de video popular y por la democratización de los medios de comunicación a partir de la mitad de la década de los 80 hasta la mitad de los 90. Fue coordinador y responsable en implementar en los barrios de Nova Iguaçu, Baixada Fluminense, RJ, el proyecto de TV Comunitaria "TV MAXAMBOMBA", proyecto referencia respecto al movimiento de video y de la democratización de la comunicación en Brasil así como en Latino América. A partir de 1995 se une a la ONG inglesa de Cooperación Internacional CIIR/CID/PROGRESSIO para trabajar como cooperante, transmitiendo su vasta experiencia en proyectos de comunicación popular a las organizaciones sociales. Su misión fue implementar otro proyecto de TV Comunitaria, esta vez en los barrios marginados de Santo Domingo, República Dominicana, donde ha vivido por 7 años. Las fotos fueron realizadas a los 100 DÍAS DEL TERREMOTO EN HAITÍ.



